

creo que no debe irse sin despedirse al menos de Elvira, justamentè está aquí...

María, al decir estas palabras, y como si hubiera visto por la espalda á su hermana, la tomó de la mano y se la presentó á Gaspar.

—Tengo que hacer—dijo después graciosa-mente; —hasta después, Gaspar; adiós, Elvira.

En seguida levantó la cortina, y salió con paso ligero de la estancia.

VI

LAS ARMAS DE LA MUJER

Elvira se detuvo á pocos pasos de Juncosa. Estaba encarnada como una bella rosa de Mayo; tenía la cabeza baja y fijos los ojos en un bordado que traía en la mano.

Era un pañuelo de hombre, á juzgar por su tamaño; una de sus puntas tenía dibujada una flor muy linda, que era la que Elvira bordaba.

Gaspar, por su parte, estaba también cortado y confuso; aquella mujer ejercía sobre su ánimo un ascendiente extraordinario; en su presencia estaba turbado, y por eso había querido evitar el despedirse de ella.

Elvira fué la primera que rompió el silencio, diciendo suavemente á Gaspar:

—¿Por qué está usted tan callado?

Juncosa levantó la cabeza, sorprendido de la dulzura de aquel acento; la voz de Elvira, melodiosa ya de sí, se asemejaba, al pronunciar aquellas palabras, al canto de un pájaro. Gaspar se adelantó dos pasos y no supo qué responder.

—¿Está usted aún enfadado conmigo?—tornó á preguntar la joven con mayor dulzura y mansedumbre, y dando ella hacia Gaspar otros dos pasos.

—No, señora—contestó éste, retrocediendo los dos pasos que Elvira se había adelantado;—y ¿por qué había yo de estar enfadado?

—¿Quién sabe?—repuso Elvira;—sucede que sin querer... Pero ¿por qué no se sienta usted, amigo mío?

—¡Ya!—se dijo Gaspar;—quieres ahora conquistarme con tus gazmoñerías, ¿eh? ¡Pues no lo lograrás!

Y dejándose caer en un sillón que estaba colocado al otro extremo de la estancia, añadió en voz alta:

—Ya he complacido á usted.

—¡Pero qué lejos, Dios mío!—dijo Elvira, mirándole con ternura.

—Más cerca—respondió Gaspar, acercando un poco su sillón.

—¡Está usted hoy extravagante!—murmuró Elvira con una sonrisa.—¡Véngase usted á mi lado! ¿Acaso me teme?

—¿Yo?—preguntó Gaspar mirando á Elvira con

dura expresión, porque sentía debilitarse sus resoluciones de rompimiento y de huida;—¡yo temer á usted!

Y esto diciendo, se levantó y fué á sentarse al lado de la joven.

Entonces no pudo menos de fijar sus ojos en Elvira, que aquella mañana estaba más adorable que nunca.

Jamás ha presentado el atavío de una mujer más admirable reunión de negligencia y gracia: una bata de muselina blanca y fina hacía resaltar el transparente y fresco sonrosado de la tez de Elvira; brillaban de una manera deslumbradora sus rasgados ojos negros, guarnecidos de largas pestañas; su boca de coral sonreía con una expresión irresistible de amor, y su rica cabellera de ébano estaba recogida en gruesas y lustrosas trenzas, prendidas muy bajas con un largo alfiler de oro.

Gaspar quedó deslumbrado, y cerró los ojos para no ver á aquella tentadora criatura.

Mas en el mismo instante resonaron en sus oídos aquellas palabras de María:

—Mi hermana tiene un corazón tierno y sencillo, un alma noble y elevada, y además le ama á usted mucho.

Su amor propio herido salió, no obstante, á la defensa de su orgullo, y se dijo:

—¡Valor, Gaspar; aquí es preciso tener el corazón de acero!

—Deseaba—dijo Elvira—tener á usted junto á

mí, porque voy á hacerle un cargo y á reconvenirle.

—¿A mí? ¡Oigamos el cargo!—respondió Gaspar muy contento de hallar una ocasión de enfurecerse y escapar del encanto que le envolvía á su pesar.

—Yo le ruego que no se enoje—prosiguió Elvira con acento suplicante,—porque quisiera evitar á toda costa que se enteren los extraños de mis quejas.

—Esa es una resolución muy prudente—repuso Gaspar;—¿pero tiene usted alguna queja de mí? ¿He dado yo ocasión para...?

—Lo mejor será, querido Gaspar, que hablemos como dos buenos amigos.

—¡Esta Elvira no es la de antes!—se dijo Juncosa asombrado;—¡qué suavidad!, ¡qué dulzura!

—O bien—prosiguió Elvira,—si es que usted lo prefiere, como dos buenos amantes; mas para esto, tiene que confesar antes su pecado y prometer la enmienda.

—¿Me hace usted el favor, amiga mía, de decirme pronto dónde está mi pecado?—preguntó Gaspar, que por más que buscaba motivo para enfadarse, no podía hallar ni aun pretexto para ello.

—Su pecado consiste—respondió Elvira poniéndose más encarnada—en usar conmigo aún el cumplimiento de una amistad reciente... ¡en llamarme de usted!

—¡Cómo!—exclamó Gaspar, sorprendido de

tan inesperada salida;—¿conque usted?... ¡Qué digo!... ¿Conque tú... hubieras querido?...

—¡Que me hubieras tú propuesto la llaneza, la confianza del verdadero amor!

—¡Oh! ¡Eres encantadora! ¡Ahora me parece que me quieres más!...

—También yo, al oírte, creo que ahora me amas más que antes.

—¡Y no te equivocas!

—¿De veras? ¿No me engaña mi deseo?

—¡Esta mujer me admira!—pensó Gaspar, en vez de contestar á las afectuosas é inesperadas preguntas de la joven, y mirándola con desconfianza.

—¿No me respondes, Gaspar?—preguntó Elvira.—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?

—Nada, nada—respondió aquél, volviendo de su distracción.—Y dime, Elvira: ¿no te queda algo más por qué reprenderme? ¿No tenías que reñirme?

—Si tal.

—¡Riñe, pues!—dijo Gaspar en tono de provocación y desafío.

—¡Si ya te he reñido!—repuso Elvira;—pero ahora tengo una exigencia... ¡Tú... tenías una cita!

Elvira dijo estas palabras haciendo un violento esfuerzo. Gaspar las oyó con alegría; su deseo más vehemente era marcharse aquella misma noche á Granada, y romper unas relaciones que tanto habían hecho sufrir á su carácter independiente; hacía ya rato que sentía que se le escapaban

todos los pretextos de romper definitivamente con Elvira, y creyó que al fin podría asirse al último que le quedaba.

—¡Sí!—respondió con aire de conquistador, y dejando su asiento para mirarse al espejo con fingida petulancia;—¡sí; tengo una cita, y con una hermosísima joven, encantadora, de lo que hay poco!

—¡Ah! ¡Conque es hermosa!—dijo Elvira con una expresión de bondad, que no pudo ocultar del todo otra de amargo dolor y de punzantes celos.

—¡Sí!—repitió Gaspar, con esa crueldad que los hombres emplean siempre para vengar las heridas de su amor propio;—es una joven muy linda; me citó, y ya debe ser hora.

—Pues vete—dijo Elvira con calma y mansedumbre;—toma el sombrero, y no la hagas esperar.

—¡Qué original!—murmuró Gaspar cortado con aquella salida inesperada, y sin resolverse á tomar el sombrero que sonriendo le presentaba Elvira.

—Quizá—dijo ésta—pensarías tú que los celos... ¡Bah! ¡Yo me estimo en mucho, y creo que valgo lo bastante para no envidiar á ninguna mujer! Vamos, toma el sombrero, amigo mío, y vete; no es justo que hagas esperar á esa pobre niña.

—¡No voy!—repuso Gaspar sentándose algo mohino.

—Debes ir—insistió Elvira.

—Iré, pues; pero acuérdate de que lo hago sólo...

—Por complacerme; lo sé, y te doy gracias.

Gaspar tomó el sombrero y dió algunos pasos hacia la puerta con aire distraído; su intención era la de ir á buscar su billete; luego, al lado de Elvira, había olvidado su propósito, y á no ser por la insistencia de la joven en que asistiese á su pretendida cita, no hubiera salido de allí.

—¿Te vas sin despedirte?—le preguntó Elvira al verle parado é inmóvil.

—No—respondió él;—estaba pensando...

—¿En qué?

—¡En que no me explico cómo sabes tú que yo tengo una cita!

—¿Pues no te acuerdas de la carta que te trajeron anteayer cuando estábamos devanando la madeja?

—¡Ah, sí! Me preguntaste si me daban alguna cita, y yo te respondí que sí. Pero ¿cómo podías suponer que fuera para hoy?

—Como veo que hasta hoy no has salido de tu cuarto...

—En efecto—dijo Gaspar cada vez más confuso.

—Pues no te detengas—repuso la joven, que evidentemente deseaba alejar de su lado á Gaspar.

—Vuelvo al instante—dijo éste; y añadió para sí: «Vale más que salga á buscar el asiento, y con esto no tengo ya más remedio que marcharme.»

—Se te olvida una cosa—observó Elvira al verle ya cerca de la puerta.

—¿Qué?

—Darme la mano.

—¡Ah, qué buena eres!—exclamó Gaspar dirigiéndose á Elvira.

—¡Que pienses en mí... y que no me hagas traición!—dijo aquélla, dando á besar su mano á Juncosa.

Éste puso en ella un beso, demasiado ardoroso para estar acorde con su propósito de marcharse, y salió del aposento.

No bien había desaparecido, cuando se presentaron por la puerta que daba á la habitación de María ésta y su marido.

—¡Bueno!—exclamó Alberto, —¿conque estáis haciendo de mi cuarto el campo de vuestros manojos? Pero todo es inútil: Gaspar está decidido á marcharse.

—¿Traes... aquello?—preguntó Elvira á su hermana con ansiedad.

—Sí; aquí lo tienes. ¡Es de un efecto magnífico!

—¿Y qué es... aquello?—preguntó Alberto alargando curiosamente la cabeza, al ver que su mujer daba á Elvira un estuche grande.

—Luego lo sabrás—dijo María.

—¡Bah, bah, todo es en vano!—observó Alberto.—Gaspar ha ido á buscar el asiento.

—Ú otra cosa. Gaspar es un hombre... como todos.

—Concedido; pero habéis de saber—repuso Alberto con tono sentencioso—que los hombres, cuando nos enfurecemos de veras...

—¡Oh, entonces—dijo María,—ante una mirada dulce, un mimo ó una caricia, os quedáis lo mismo que corderos!

—Á veces esas armas no os sirven.

—Siempre son buenas. ¡Pero llaman á la puerta!... ¡Animo, Elvira!

—¡Ah!—exclamó ésta, estrechando con efusión las manos de su hermana;—¡si triunfo, á ti te lo deberé!

—Vente conmigo, Alberto—dijo María.

Y asiendo el brazo de su marido, desapareció con él.

Elvira, trémula de emoción, ocultó en su bolsillo el voluminoso estuche, y volvió á tomar su bordado, aparentando que trabajaba en él con la mayor tranquilidad y afición.

VII

EL GOLPE DE MUERTE

Gaspar entró cabizbajo y pensativo; su fisonomía no expresaba la dicha ni aun la tranquilidad; en su interior sostenía un violento combate entre su amor y el deseo de conservar su amada libertad.

Había ido á tomar el billete, pero todos estaban tomados; esta contrariedad le irritó en extremo, porque le obligaba á quedarse un día más.

Luego pasó por casa de Samper para recoger el aderezo que había comprado para Elvira, y la vista de aquellas joyas cambió el curso de sus ideas.

Ya he dicho otras veces que Gaspar era hombre de impresiones; dejábase llevar casi siempre de su última sensación, y era esclavo de su primer movimiento. Pensó cuán bella estaría Elvira con aquellas alhajas, y cuánto placer tendría en comprarle otras muchas y excitar la envidia general con la belleza de su mujer, realzada con la esplendidez y el lujo.

—¿Cómo tan pronto de vuelta?—le dijo la joven con acento cariñoso, aunque sin alzar los ojos de su bordado.

—Te contaré dónde he estado—respondió Junco casi sin saber lo que decía:—desde aquí fuí...

—¡Si no trato de saberlo!—interrumpió Elvira;—¿crees tú que soy curiosa?

—¡Ay, Dios mío!—pensó Gaspar;—si fuera así siempre, yo la adoraría con toda mi alma y no le daría disgustos, porque la verdad es que yo también estuve con ella grosero é intolerante. Y ¡cosa extraña! ¡Ahora quisiera decirle dónde he estado y lo que he hecho! ¡Si las mujeres supieran conducirse con prudencia, serían mucho más dichosas!

Gaspar reflexionaba por la primera vez de su vida, y es que también amaba por la primera vez; interrumpió por fin su mudo soliloquio, y se acercó á Elvira.

—¡Trabajas con un afán!—le dijo, mirando la labor.

—Estoy bordando un pañuelo—contestó Elvira;—¿te gusta el dibujo?

—¡Mucho! ¡Es precioso!

—Pues, mira: me alegro que sea de tu agrado, porque has de saber que es para ti.

—¡Será cierto!—exclamó Gaspar, llevando involuntariamente su mano al bolsillo en que guardaba el aderezo.

—Vale poco este regalo—dijo Elvira con modestia.

—Para mí—repuso Gaspar—es de mucho precio, por ser obra de tus lindas manos, y en él veré yo un recuerdo...

—¡De mi amor!—se apresuró á decir Elvira;—mas tardaré aún tanto tiempo en concluirle, que quisiera que aceptaras otra cosa entretanto.

—¡Otro regalo!—exclamó Gaspar.

—Aquí está.

Y Elvira sacó del bolsillo el estuche que poco antes le había traído su hermana.

Gaspar le tomó y le abrió, en tanto que Elvira, confusa y palpitante, hacía como que bordaba, aunque sus manos trémulas no acertaban á dirigir la aguja.

—¡Oh, sorpresa!—exclamó Gaspar;—¡una petaca! ¡Qué regalo tan de mi gusto, y qué tino al elegirla! ¡Qué preciosa y qué elegante es!

—Yo te ruego que la examines por dentro—dijo Elvira;—pueden haberme engañado, porque como yo no entiendo de esas cosas...

Gaspar abrió la petaca, que estaba llena de cigarros habanos.

—¡Querida Elvira—exclamó,—comprendo toda la delicadeza de tu proceder!

Y luego, llevado de la invencible afición del fumador, sacó uno de los cigarros, le examinó con placer, y murmuró á media voz:

—¡Excelente cara tienen los tabacos!

—Puedes juzgar de los hechos—dijo Elvira, tomando una caja de fósforos que se hallaba en un velador inmediato, y encendiendo uno, que presentó á Gaspar.

—¡Cómo!—exclamó éste, sin poder dar crédito á sus oídos;—¿me permites fumar?

—Sí—dijo Elvira con una sonrisa adorable.

—¿Aquí, al lado tuyo?

—Sí; he llegado á convencerme de que es muy mal modo de probar el cariño á una persona mortificándola de continuo y contrariándola en todas sus aficiones.

—¡Gracias, Elvira! ¡Eres más buena, más generosa que yo!—dijo Gaspar entre confuso y avergonzado, al mismo tiempo que encendía su cigarro.

—¿Por qué?—preguntó Elvira.

—Porque has de saber que quise marcharme esta noche en el correo.

—Yo fui la causa de tan violenta decisión.

—¡No! ¡Es que yo no me detengo nunca á reflexionar! ¡Es que mi carácter es violento, arrebatado!

—Más lo era el mío.

—Fuí contigo muy intolerante.

—Más lo fui yo; sin motivo alguno, te aburrí con mil exigencias y con reconvenciones injustas.

—Pero yo no debí aburrirme.

—¿Y dónde hallar paciencia capaz de tolerarme?

—La culpa es mía.

—No, mía.

—¡No tal!

—¡Sí!

—No volvamos á incomodarnos ahora—dijo Gaspar, á quien la dulzura dominaba con una fuerza irresistible;—lo que te pido sólo es que admitas este recuerdo mío.

Elvira tomó el estuche y le abrió ansiosa, dejando escapar en seguida un grito de alegre sorpresa.

El aderezo constaba de alfiler, pendientes, collar y brazaletes de brillantes y rubíes de gran valor; era un verdadero aderezo de novia.

—¡Oh, cuánto te lo agradezco!—exclamó con la alegría sencilla de sus pocos años; y luego, tomando un billete doblado que se veía en el fondo del estuche, lo enseñó á Gaspar, y le preguntó:

—¿Qué es esto?

—Es aquella carta—respondió él—que tuviste tanto empeño en ver; la de la cita.

Elvira desdobló el billete y recorrió con la vista sus renglones; después bajó la cabeza confusa y ruborizada.

—En fin—dijo Gaspar,—olvidemos lo pasado, y propongámonos vida nueva para en adelante.

—¡Oh, sí, sí! Pero ¿supongo, Gaspar, que ya no te irás?

—Sí; nos iremos los dos, así que nos casen, y esto va á ser al instante; voy á buscar á Alberto.

—¡Aquí estoy!—dijo éste presentándose con su mujer.

—¡Ah! ¡Nos estabais escuchando!—exclamó Gaspar.

—¡Déjalos! ¡No importa!—repuso Elvira, cuyo bello rostro reflejaba una dicha inmensa.—Gracias á ti, hermana mía—añadió abrazando á María,—mi ventura está asegurada; tienes razón: la tiranía no conviene á la mujer, porque su imperio es la dulzura. No temas que me separe del camino que me has mostrado, porque—añadió mirando á Gaspar—jamás daré al olvido que el hombre que no halla en su casa la paz, alegría y ventura que tiene derecho á encontrar, puede ir á buscarlas en la ajena.

—Las armas que hoy has elegido—dijo Junco—son formidables; con tu bondad, con tu cariño, has dado el golpe de muerte á todas mis as-

piraciones de futura libertad; pero ¡benditas sean tan dulces prisiones! Ahora, Alberto, vamos á la Vicaría, porque dentro de ocho días quiero ser tu hermano.

Los dos amigos salieron, y Elvira volvió á echarse en los brazos de su hermana, diciéndola con voz entrecortada por sollozos de gratitud y de alegría:

—¡Gracias, mi adorada hermana, gracias; tú has sido mi ángel salvador!

VIII

VENUS Y JUNO

Algunos días después, toda la familia de Miranda se hallaba reunida en el lindo saloncito de María.

Eran las tres de la tarde; la noche anterior se había efectuado el enlace de Gaspar y de Elvira, sin pompa, sin convite, pero con asistencia de su padre y de sus hermanos, que habían venido de París para la ceremonia.

Los dos hijos de Miranda se asemejaban á Elvira: eran dos hermosos jóvenes, altos, delgados, con rasgados ojos y cabellos negros.

Su padre era un anciano, siempre simpático, grave, sereno, de aspecto noble y distinguido; tenía el cabello blanco, los ojos y las cejas negras,

los dientes blancos y hermosos y la boca encarnada; pero aquellos rasgados y brillantes ojos, aquellas anchas pupilas permanecían á veces largo rato en la inmovilidad, y sólo se animaban al fijarse en sus hijos.

Nada sabía Andrés Miranda de las pérdidas de Alberto y de los disgustos que á éste y á su esposa ocasionaba la malhadada pasión de la Condesa de las Navas, porque, á haberlos sabido, los hubiera remediado, aunque para ello hubiera tenido que despojarse de todo. Pero su hija y su yerno le habían ocultado escrupulosamente todas sus penas, deseando evitarle el consiguiente disgusto.

Sin embargo, en la noche anterior, Alberto, siempre severo para consigo mismo, había puesto en manos de Elvira el cofrecito que contenía toda su fortuna.

—Entiéndete con Gaspar—dijo ésta;—yo no quiero volver á hacerme cargo de ese dinero, que me incomoda.

—Vuélvelo adonde estaba—dijo á su vez Gaspar;—¿no lo tenías colocado?

—No—respondió Alberto;—iba á hacerlo, pero vuestra boda me ha ocupado estos días.

—Pon, pues, esos valores donde te parezca mejor.

Gaspar y Elvira cambiaron de conversación; y Alberto, al día siguiente, es decir, en la mañana del día en que le presento de nuevo á mis lecto-

res había colocado, en efecto, los cuatro millones completos en una sociedad de crédito, donde ganaban un crecido interés.

Pero el pobre Alberto tuvo que buscar los veintiséis mil duros que le faltaban, y que no quiso tomar del dote de su mujer; y por la tarde, en medio del regocijo de toda la familia, su cabeza ardía, perdiéndose en mil pensamientos desesperados.

Porque otra nueva desgracia había venido á ponerle ante los ojos su ruina: pocos meses antes había tomado participación en una compra de terrenos; contaba sólo con los valores adelantados á la empresa, una parte de los cuales pensaba retirar, y al ir á recogerlos para cubrir otras necesidades más apremiantes, se halló con una quiebra, de la que aún no tenía la noticia más leve.

—¿Qué es lo que te pasa, querido Alberto?—le preguntó el padre de su esposa;—¿qué te sucede?

Alberto se estremeció; volvió la cabeza y un débil rosado se extendió por sus mejillas, como si se hubiera avergonzado de que le sorprendiesen en medio de los pensamientos que le ocupaban.

No eran éstos, en verdad, muy favorables á María. Alberto estaba pensando en ir á ver á Celia, para rogarle que desistiese de su injusta persecución.

—Vamos—continuó Miranda, al ver que el esposo de su hija no le respondía,—estarás

pensando en tu padre. ¿No le ves? ¿No viene por aquí?

—Sólo le hemos visto dos veces desde que ha llegado de París—dijo María.

—¡Esa perversa mujer le tiene dominado!—exclamó Elvira;—¡apenas sale de su casa!

—¿De casa de quién?—preguntó uno de los jóvenes Miranda.

—De casa de Celia.

—¡Oh!—dijo el otro hermano,—el amor en los viejos es terrible; he visto de esto un espantoso ejemplo: un hombre digno, noble, honrado, que cayó en la deplorable aberración de suicidarse porque no le correspondía una joven de diez y nueve años. ¡Cuida no pase lo mismo con tu padre, Alberto!

—En verdad—repuso éste con profunda tristeza—que no sabría cómo impedirselo, si pensase en eso; apenas se deja ver, y ha roto con su familia del mismo modo que con todos sus amigos.

—Pero ¿y el marido de Celia?

—¿El Conde? No ha vuelto aún de aquel viaje á Niza que emprendió hace dos años.

—Ni volverá—dijo Andrés.

Elvira se inclinó hacia el oído de su marido, que estaba sentado junto á ella, y le dijo en voz baja:

—¡Gaspar, déjame que vaya!

—¡No, y mil veces no, querida mía!—respondió con firmeza aquél;—no sabes á lo que te expones con ese paso aventurado. ¡Ir á provocar á una

mujer en su casa, es por lo menos muy imprudente!

—¿Pero no ves lo que sufre mi pobre hermana?

Gaspar alzó la cabeza y miró á María, quien, adivinando lo que pasaba en el corazón de su marido, estaba sumida en un completo abatimiento.

—Ve si quieres—dijo Gaspar;—pero con una condición.

—¿Cuál es?

—Que te he de acompañar.

—Tu voluntad es la mía—contestó Elvira;—¡vamos!

Ambos se levantaron y pasaron á la habitación nupcial. Elvira echó sobre su traje de seda oscuro una manteleta, se puso un sombrero, y salió á pie con su marido.

Los concurrentes del salón siguieron hablando, después de haberse mirado con una risita maliciosa, y procurando distraer á María, cuya melancolía y palidez llamaban la atención.

Juncosa y su mujer llegaron en breve á casa de Celia: habitaba ésta un soberbio palacio; la alfombrada escalera terminaba en un peristilo adornado de estatuas y lleno de lacayos con librea blanca y verde, que se levantaron al ver al joven matrimonio.

—La señora no recibe—dijo uno adelantándose.

—Entréguela usted, sin embargo, esta tarjeta—repuso Elvira con altivez,—y díganos usted dónde podemos sentarnos.

—Suplico á los señores que tengan la bondad de seguirme—dijo otro de los lacayos á Elvira y á Gaspar.

Estos se hallaron muy pronto en un elegante saloncito, donde se sentaron en una otomana de terciopelo granate, que remataba en una gran maceta de bronce llena de flores y hojas aromáticas.

Todo era allí esplendidez, riqueza y buen gusto; pero Elvira, preocupada por una idea enojosa, no estaba para admirar nada.

—Querida mía—le dijo Gaspar,—ten prudencia por Dios; esa mujer no es de las que se doblegan ante la amenaza, y cederá más bien al ruego; para mí te has hecho buena, prudente, accesible; procura serlo para todos, mi amada Elvira.

—¡Es que—dijo la joven—á ti te amo! He ahí el secreto de mi transformación. ¡Pero á esa mujer la detesto!

—La señora Condesa recibirá á la señora sola—dijo el lacayo, que volvió á presentarse;—pero al señor le suplica la dispense, porque se halla indispueta.

El carmín de la cólera vistió las facciones de Elvira; mas su marido contuvo la explosión de su enojo.

—Eso es natural—dijo;—tal vez se hallará acostada. Ve, y yo te esperaré aquí.

Elvira siguió al criado, quien, después de atravesar otros dos salones, alzó una cortina de seda carmesí y dijo:

—Puede pasar la señora.

Elvira entró, y se halló frente á frente de Celia, que estaba hundida en un sillón de terciopelo tan inmenso, que á primera vista parecía un lecho.

Al lado del sillón, y sentado en otro más pequeño, estaba Isidoro de Alvareda, que se levantó para salir al encuentro de su sobrina, á la que besó en la frente, y condujo al asiento que él acababa de dejar.

La Condesa estaba pálida y delgada; al ver á Elvira se levantó y descubrió su elegante estatura, semejante por su graciosa majestad á la de Juno, la reina del Olimpo.

Elvira, rosada y fresca como Venus, ofrecía un singular contraste con aquella mujer, pálida por las borrascas de su alma, y cuyos grandes ojos estaban rodeados de oscuros círculos, como si el llanto, reprimido por las consideraciones sociales, se hubiera estancado allí.

Celia estaba envuelta en un ancho peinador de batista, guarnecido de encajes; á pesar de lo avanzado de la estación ardía en la chimenea un abundante fuego, y como contraste, dos anchas jardineras, que contenían magnolias, jacintos, rosas tempranas, lirios y otras flores de penetrantes perfumes, embalsamaban la habitación.

Celia quiso adelantarse á recibir á Elvira; pero se quedó apoyada con una mano en un sillón, porque realmente estaba enferma y débil.

La pasión que sentía hacia Alberto la mataba;

en aquella alma ardiente, los obstáculos sólo servían para irritarla y empujarla con ciego empeño hacia lo imposible.

Por otra parte, aquella joven, apasionada y ligera, no era mala; y el consumir paso á paso, día por día, la perdición del hombre á quien tanto amaba, había sido para ella un trabajo ímprobo y mortal.

—¿A qué debo el placer de verte, querida mía?—preguntó la Condesa asiendo con su pequeña mano la de Elvira.—¿Has querido presentarme á tu esposo? Sé que te has casado ayer; pero estoy enferma y no me es posible recibirle por hoy; las mujeres somos coquetas, y sólo de tu tío, mi bueno y constante amigo, me dejaría yo ver así.

Y Celia, al decir esto, señaló á sus cabellos negros, recogidos detrás de su cabeza con una larga flecha de brillantes.

—No he venido á lo que crees, Celia—respondió severamente Elvira;—he venido sólo á pedirte la calma y la dicha de mi hermana.

Las pálidas mejillas de la Condesa se colorearon ligeramente, y dirigió á Alvareda una mirada de temor; pero reponiéndose de su turbación, respondió con una risa burlona:

—¿Y qué tengo yo que ver con la dicha de tu hermana, querida mía?

—Celia—dijo Elvira,—no quiero estar aquí mucho tiempo, porque mi marido me espera; oye lo que voy á decirte. Alberto está arruinado; has

sabido ponerle en la alternativa de ceder á tu amor ó de suicidarse, y cualquiera de estos dos partidos que tome es la muerte para mi hermana.

—¡Qué escucho!—exclamó Alvareda levantándose con el cabello erizado sobre la frente, pálido y convulso.—¿Será esto verdad? ¡Mi hijo arruinado! ¡Mi hijo cerca del suicidio! ¡Y yo le creía rico y feliz!

—¡Tío mío—respondió Elvira,—ven conmigo, y no des lugar á que la santa que fué tu esposa te pregunte un día lo que ha sido de tu hijo!

—¿Qué es esto?—exclamó Celia levantándose de su asiento rígida y airada;—¿quién eres tú para venir á despojarme de mis amigos y hasta de mi reputación? La que mató á pesares á su primer marido, la que se prepara sin duda á desembarazarse del segundo á fin de convertirse de rica en opulenta con la herencia de los dos, ¿tiene derecho para dirigirme reconvenciones?

Elvira retrocedió, pálida de espanto y de dolor, ante el dardo emponzoñado que le enviaba Celia. ¡Ella querer la muerte de Gaspar; de Gaspar, su primero y único amor; de Gaspar, por quien hubiera dado su vida!

Dos anchas lágrimas brotaron de sus ojos; y aquel llanto, arrancado de lo más hondo de su alma, fué un juramento sagrado de hacer feliz á su esposo.

La cólera no pudo, empero, volver á posesionarse de su ánimo, porque el dolor no la dejó

penetrar en él; volvióse hacia Alvareda, y le dijo con acento dulce y penetrante:

—Esta pobre mujer, tío mío, ha arruinado paso á paso á tu hijo; Alberto, á pesar de su honradez, de su probidad, de su asiduo trabajo, está hoy cerca de la miseria, por ser fiel á mi hermana; yo sé que tú estarás arruinado también...; pero al menos, si no tu caudal, tu amor y tus consejos reanimarán á tu hijo.

—¡Oh, sí!—murmuró Alvareda;—yo también he empobrecido, hija mía; durante estos dos años de alucinación y de pesares, mi caudal, mi alegría, todo ha desaparecido. ¡Heme aquí, Elvira mía, ya viejo decrepito; heme aquí esclavo hasta hoy de esta mujer, y siendo, quizá sin saberlo, el instrumento de la perdición de mi único hijo, de mi hijo, que acaso ya no podrá reconocerme! Pero vamos, vamos á su lado, y bendita seas tú que vienes á arrancarme de esta red fatal que ya detestaba, y que no podía por mí solo romper.

Isidoro asió la mano de Elvira y dió dos pasos hacia la puerta.

—¡Y bien!—exclamó Celia con los ojos centelleantes y las facciones pálidas,—¡imbéciles! ¡Vedme ya sin máscara! ¡Viejo loco! ¿No habías sospechado que tú eras, en efecto, uno de los instrumentos que me servían para consumir la ruina de tu hijo? ¡Pues sábelo! ¡Yo aún soy rica; pero tus caudales han servido para pagar mis espías y para comprar á todos aquellos que yo quería que

le hiciesen traición! ¡Tu oro ha perdido á tu hijo, y en vano querrás hoy socorrerle, porque eres tan pobre como él! ¡Y tú, pequeña víbora, que ahora te haces la hermana amorosa para venir á insultarme después de haber asesinado lentamente á tu marido, sabe que no abandonaré á Alberto hasta verle pedir á mis pies amor y misericordia! ¡Di á tu hermana que esta noche, que antes de tres horas, iré á buscar á su esposo á su misma casa, y que, ó poco podré, ó saldrá de ella conmigo! ¡Padre honrado y timorato, que causaste la desgracia de toda mi vida impidiendo mi matrimonio con tu hijo, ya estás pobre, viejo, y toda tu energía se ha roto entre mis manos como un frágil cristal! ¡Vete! ¡No importa que hagas pedazos mi yugo, porque ya estoy vengada!

La Condesa les volvió la espalda y entró en su dormitorio; ya no era su aspecto débil, sino fuerte y arrogante; mas apenas puso el pie en la alcoba, dió un grito y cayó con la cara contra el suelo.

Cuando la levantaron le acometió un terrible vómito de sangre.

IX

¡POBRE CELIA!

Isidoro Alvareda, Gaspar y Elvira llegaron en breve á casa de Alberto.

Los jóvenes esposos llevaron á su habitación al anciano, é hicieron llamar á María y á su marido.

Alberto se arrojó en los brazos de su padre, derramando lágrimas de alegría y de dolor al mismo tiempo; su corazón le decía que le recobraba después de haberle perdido por espacio de dos años; pero ¡cuándo! Cuando, pobre y dolorido, apenas contaba con el pan preciso.

—¡Hijos de mi alma!—les dijo Alvareda,—sé que la desgracia ha llamado á las puertas de vuestra casa, ¡y lo sé hoy que nada tengo! ¡Hoy que todo ha sido presa de esa infernal mujer! ¡Oh, ha ejercido en mí la más terrible de las venganzas! ¡Ha castigado mi oposición á su casamiento con mi hijo, desposeyéndome de toda mi fortuna al mismo tiempo que desposeía al hombre á quien amaba!

Hablando así, Isidoro, aquel Isidoro tan valeroso, tan arrogante, tan leal, lloraba como una criatura. Celia había agotado no sólo su fortuna, sino también su fuerza, su valor, y todas las dotes nobles y generosas que en el invierno de la vida